

Asumir responsablemente una ética del cuidado animal: una reflexión sobre la condición social de los perros de compañía¹

Wilmer Casasola-Rivera

Escuela de Ciencias Sociales
Instituto Tecnológico de Costa Rica, Costa Rica
✉ wcasasola@itcr.ac.cr

Resumen

Este ensayo discute la condición social de los perros en muchos hogares y se propone una ética del cuidado animal responsable, donde se introducen cuatro conceptos básicos: compromiso, dedicación, comprensión y responsabilidad. Además, se exponen diferentes formas de maltrato animal inadvertidas, como los experimentos conductuales caseros, los perros permanentemente amarrados y los perros que viven encerrados en sus casas sin libertad de movimiento. Finalmente, el último apartado discute la importancia de reeducar nuestra práctica moral con ética.

Palabras clave

Ética del cuidado animal, perros, animales no humanos, maltrato, emociones, afecto, cultura, razón, educación, ética, moral

¹ El artículo es producto del tiempo dedicado a la *Cátedra Tecnología, Paz y Desarrollo* (II semestre 2022). Este tema se presentó como conversatorio en la "1ª Jornada por la Liberación Animal: Debate y reflexión en torno a la cuestión animal desde perspectivas no especistas", los días 02, 03 y 04 de noviembre de 2022 en el Salón Multiusos de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica

Introducción

La ética del cuidado tiene una connotación política, aunque también se asume como deber profesional, particularmente en los campos de la salud. Este trabajo, sin embargo, no trata sobre ética del cuidado enfocada a personas humanas. Quisiera exponer algunas ideas en torno al cuidado responsable de los animales de compañía, particularmente, la condición social de los perros. Para este fin, utilizaré la expresión ética del cuidado animal.

El concepto cotidiano *cuidado* o *cuido*, como muchos otros, ha sido objeto de análisis metaético. Extender el concepto de cuidado a los animales no humanos es un intento de promover ideas éticas que mejoren la condición social de estos seres vulnerables. Por otra parte, hablar de ética del cuidado animal y enfocarse específicamente en la condición social de los perros de compañía, no anula el problema de los perros callejeros ni de otros animales. Esto solo demuestra que tenemos muchas tareas que asumir cuando hablamos de liberación animal. Muchos perros con hogar son víctimas de compañía, viven en cautiverio domiciliario. Socialmente son percibidos como mascotas con hogar, pero no gozan de libertad ni están libres de crueldad humana.



Créditos: Maribel Jiménez Montero

Este trabajo se pensó como ponencia, como conversatorio. De ahí que todas las ideas que se introducen o amplían persiguen mantener este tipo de redacción. A través de cuatro apartados se discute la condición social de los perros en muchos hogares y se propone una ética del cuidado responsable.

1. La ética del cuidado: más allá de la razón abstracta

El cuidado tiene de femenino lo que la razón de masculina. La ética del cuidado es antiesencialista.

M. Picard

La ética del cuidado tiene, o puede tener, diferentes connotaciones, según la forma como se asuma. Así, para Gilligan, la ética del cuidado es una ética feminista que orienta la lucha histórica por liberar la democracia del patriarcado (2011). En otro momento, Gilligan plantea que la ética del cuidado dirige nuestra atención a la necesidad de sensibilizarnos en las relaciones y el costo de perder esta conexión con uno mismo o con los demás.

Cuidar no es un asunto que corresponde a un sexo o a un género. Más allá de una discusión política, el cuidado se puede asumir como un proyecto social humanitario de la vida cotidiana. Por eso, desde el enfoque ético del cuidado, se pueden formular algunas críticas a las posturas racionalistas e impersonales de las éticas tradicionales. Cabe destacar dos críticas: la abstracción y lo impersonal de algunos principios éticos.

Muchas éticas se caracterizan por la abstracción de los principios y pierden de vista a la persona concreta. Se formulan principios racionales que los sujetos humanos tienen que aplicar en todo momento como señal o atributo de una acción éticamente correcta. Las metaéticas se enfocan

en justificar principios acordes a la razón y válidos para todas las personas. Surge el dogmatismo ingenuo de pretender fundamentar una teoría última de la acción moral.

La razón parece avergonzarse de las emociones. El aspecto emocional es un tributo no deseable: las emociones no son parte de una razón pura. Pero, muy a pesar de los que defienden la pureza de la razón, la razón no es ni pura ni superior y está colmada de emociones. Por otra parte, lo que pomposamente se llama razón, no es más que la conciencia colectiva que una cierta sociedad determina como racionalmente significativo. Cuando formulamos atributos éticos racionales a través de principios, lo que subyace es un sentimiento emocional de querer mejorar algo.

La ética tiene sentido en lo personal. Asumir el cuidado como ética significa establecer una relación personal: procurar atención y ocuparse del bienestar de una persona. Cuidar significa ocuparse de las necesidades individuales de la persona concreta y no de sujetos abstractos que viven en un mundo conceptual.

Es fácil ocuparse del bienestar de los sujetos abstractos: cualquiera puede hacer literatura ética. La acción de cuidar está motivada por las necesidades particulares que experimenta una persona. El cuidado como ética renuncia a los principios abstractos, como el deber por el deber. En el acto de cuidar no hay lugar para un deontologismo conceptual, romántico, que pretende reducir las decisiones humanas a un algoritmo racional.

2. Una ética del cuidado animal: un asunto de acción.

El cuidado no es un asunto únicamente de humanos hacia humanos. Es importante reconocer la vulnerabilidad de los animales no humanos y extender la noción de cuidado hacia esta población.

El maltrato, explotación y sacrificio de muchos animales no humanos es una realidad que no se puede silenciar ni justificar por asuntos supuestamente culturales. Apelar a la tradición cultural para justificar el consumo de animales, en sus múltiples formas, solo demuestra un estado de complacencia racional. Si nos consideramos una especie racional superior, estamos obligados a demostrar un nivel de razonamiento ético que evalúe nuestras prácticas morales habituales. La evaluación ética de nuestros hábitos morales es una competencia que tenemos que incorporar en la vida diaria.

Cuidar de otros implica asumir la ética como un campo de acción. Nuestra capacidad de acción humana es limitada, pero tiene que ser eficaz y comprometida cuando está a nuestro alcance actuar. La ética como un campo de acción indica que podemos intervenir directamente en algunos asuntos, pero no en todos. Podemos resolver algunos problemas, pero no todos. Podemos cambiar o mejorar algunas situaciones sociales, pero no todas. Un poco al estilo de la filosofía estoica de Epicteto, hay asuntos que dependen de nosotros y otros asuntos que no dependen de nosotros. Hay muchos asuntos, situaciones o problemas que dependen directamente de nuestra intervención para resolverlos o mejorarlos.

Se podría pensar, apresuradamente, que esta postura justifica el quietismo o la inacción ante ciertas situaciones. Se podría alegar que intervenir en una situación está fuera de nuestro alcance. Esta excusa solo tiene sentido cuando asumimos una moral de la indiferencia. Solo así podríamos justificar la inacción.

Somos moralmente indiferentes ante situaciones que no afectan nuestros intereses inmediatos. La moral de la indiferencia es hipócrita y socialmente irresponsable. Cuando un acontecimiento social afecta directamente nuestros intereses egoístas, entonces dejamos de ser indiferentes. Surge el colectivo moral interesado. La moral de la indiferencia se diluye. Los individuos se asocian moralmente para defender un interés egoísta particular.

Asumir una postura ética significa actuar conforme a los principios que se han trazado como criterios de acción. La ética se convierte en una ruta de vida social. Cada persona elige vivir con o sin ética. *La ética no es una doctrina religiosa ni un sistema de leyes que obliguen a actuar de cierta forma por temor al castigo. La ética es una cierta orientación racional que se asume voluntariamente*

y cada persona es su propio vigilante interno de lo que es capaz de cumplir. La sanción social es una consecuencia de un discurso ético no cumplido. Por lo tanto, si intervenir en una situación social problemática depende de nuestra acción directa, solo queda tomar la decisión de hacerlo o ser indiferentes. Es límite entre el deber ético o la indiferencia moral.

Asumir con ética el cuidado de los animales de compañía va más allá de tenerlos como mascotas. El concepto *mascota*, en apariencia sano, es parte de su objetulización. Los animales de compañía no son objetos, sino parte de nuestra familia. Incluso, la expresión misma “animales de compañía” los reduce a objetos y los excluye como parte de una familia. No obstante, estas categorías son más favorables que la indiferencia ante su vulnerabilidad.



Fig. 1. Autoría propia.

Quisiera proponer cuatro conceptos básicos para asumir una ética del cuidado con los animales de compañía, especialmente perros. Estos cuatro conceptos no agotan la capacidad ética que tenemos o podemos desarrollar para cuidarlos. Se trata tan solo de orientaciones éticas básicas que persiguen promover un giro cultural en las personas, especialmente en aquellas con resistencia al cambio racional y emocional.

2.1 Compromiso

Si nosotros no estamos dispuestos a cumplir un compromiso con algo o con alguien, lo mejor sería no asumirlo. El compromiso es un mérito ético.

Cuando incorporamos un perro a nuestra familia, estamos obligados a asumir un compromiso con él. Asumir un compromiso ético implica cuidar el bienestar físico y mental de nuestro perro. Al adoptar un perro, especialmente un zaguato en abandono, él asume un compromiso de lealtad con nosotros, más que el que muchos humanos estarían en la capacidad de asumir. Tenemos que aprender a interiorizar y ampliar el concepto de familia. El perro que hemos incorporado a nuestra dinámica social es ahora un integrante más de la familia y nosotros somos parte de su manada.

Por otra parte, pensemos en un concepto de familia positivo, que implique unión, comunicación, diversión, entretenimiento, etc. Como tal, tenemos que aprender a reconocer las necesidades básicas de nuestro perro: qué nos está comunicando. Ellos también merecen una comunicación asertiva, un entretenimiento sano y muestras de afecto constantes. Los perros son seres vulnerables y esto nos obliga a asumir un compromiso ético con su completo bienestar.

2.2 Dedicación

Los perros siempre nos están comunicando. Nosotros, la supuesta especie superior, tenemos serias deficiencias sociales para comunicarnos asertivamente. Nuestra indiferencia y automatismo social ha silenciado la inteligencia perceptiva de captar en el lenguaje de los otros sus necesidades. Los perros nos comunican sus necesidades de atención emocional. Pero cuando reducimos un perro a un simple objeto, bloqueamos deliberadamente nuestra apertura emocional hacia ellos, negamos sus necesidades.

La dedicación implica no solo atender los cuidados básicos de nutrición y de control veterinario de un perro, sino también cuidar su salud física y mental. Muchas personas creen que cuidar un perro se reduce a colarles una taza de agua y comida al día. Esto es el mínimo esfuerzo negligente.

Al integrar un perro como parte de nuestra familia, tenemos que dedicarles tiempo de calidad para garantizar su bienestar integral: tiempo para jugar, para caminar, para correr, para estimular su inteligencia. Pero especialmente, tenemos que dedicarles tiempo emocional. Los perros ocupan y necesitan muestras de afecto. Una luminaria de la filosofía, como Descartes, creía que los perros eran máquinas sin emociones. En nuestros días, tenemos una abundancia de cartesianos negligentes.

2.3 Comprensión

La incomprensión, el rechazo, la exclusión, solo demuestra intolerancia de parte de otros. En una sociedad y ambiente humano de cuidado se supone que tenemos que aprender a fomentar la comprensión y examinar por qué estamos potenciando una cultura de la incomprensión y la indiferencia.

Tenemos que comprender el conjunto de necesidades de nuestro perro como familia. La salud y la alimentación son la mínima intervención. Ampliar nuestra concepción de cuidado implica atender las necesidades físicas, cognitivas y emocionales de nuestro perro.

Atender las necesidades físicas de un perro, significa comprender su necesidad de movimiento real. Los perros necesitan caminar, correr, olfatear, mover su organismo para defecar, marcar territorio (mear), liberar energía y soltar el estrés que les provoca el encierro donde viven (casa). No podemos privar la libertad de movimiento de nuestro perro, si realmente queremos atender su bienestar. No tenemos por qué trasladar nuestra pereza física a la vida de un perro.

Las necesidades cognitivas de un perro son variadas. Hacen referencia a los procesos mentales de atención, de memoria, de comprensión, de percepción, de aprendizaje, etc. Si bien es cierto que esta capacidad canina se utiliza para entrenarlos y hacer de ellos objetos de instrucciones y respuestas, una postura ética del cuidado animal rechaza este conductismo agresivo. En su lugar, podemos atender y potenciar su inteligencia sin necesidad de someterlos a estrés por entrenamiento. Jugar con ellos estimula sus capacidades cognitivas.

Los perros tienen una gran capacidad afectiva. La alegría que los perros expresan cuando regresa un integrante del hogar es incomparable. Sin embargo, la indiferencia podría ser la respuesta ante esta explosión de felicidad a través de un erudito lenguaje protervo humano: ¡Shhh! ¡Shhh! ¡Vaya! ¡Quite! Asumir un giro ético del cuidado implica atender las emociones de nuestros perros, devolverles el afecto que nos están comunicando. La capacidad de respuesta afectiva es un atributo humano que tenemos que aprender a trasladar a estos seres importantes. Los perros tienen necesidades emocionales que nosotros estamos silenciando de una forma cruel y egoísta.

2.4 Responsabilidad

Asumir responsabilidad con nuestro perro, significa atender su salud física y emocional presente y futura. La atención veterinaria es necesaria para que nuestro perro cuente con salud y calidad de vida.

De la misma forma que asumimos el cuidado médico con los integrantes de nuestra familia, tenemos que cuidar de la salud de nuestro perro. Lo mismo pasa con la salud emocional. El

estrés y la ansiedad son dos factores que afectan la calidad de vida de nuestro perro. Cuidar la salud emocional de nuestro perro significa intervenir directamente en los factores que están provocándole conductas anormales. La tristeza canina no es un mito. Procurarles felicidad tiene que ser parte de nuestras tareas éticas de cuidado responsable. La salud emocional de nuestro perro es tan importante como su salud física.

También se pueden tomar otros factores en cuenta. Por ejemplo, asumir responsablemente la limpieza del área donde permanece nuestro perro, en caso de que no viva dentro de la propia casa. Nuestro perro no es un objeto, es familia y tenemos que procurarle una estancia agradable.

3. Formas de maltrato animal socialmente inadvertidas

A menudo pensamos que el maltrato animal se expresa solamente como agresión física. Existen muchas formas de maltrato hacia los animales de compañía que son poco advertidos o socialmente justificados: someter a entrenamientos caseros absurdos a nuestros perros, mantenerlos amarrados de forma permanente dentro de la propia casa, utilizarlos como objetos decorativos, mantenerlos encerrados sin permitirles caminar o correr. Estas prácticas son formas de maltrato animal socialmente inadvertidas.

3.1 Experimentos conductuales caseros

“Si corre, lo jalo. Si tira, yo tiro”, le grita una mujer a un frágil perro que lleva sujeto a una corta correa de su cuello. El perro lo que más desea es correr. Pero su “dueña” lo jala de forma agresiva. Quiere someterlo, que camine lento. Su ignorancia le impide reconocer que su perro lo único que desea es correr, posiblemente por el estrés y ansiedad que le genera vivir en un residencial con poco espacio.

“Soy su amo, obedezca”, le decía un hombre a un pastor alemán joven. El perro quería correr, brincar, jugar. El patio era amplio. Este hombre lo sujetaba y le propinaba violentos fajazos al perro, mientras le enseñaba modales humanos. Quería convertirlo en algo que se parecía a un perro, pero que debía acatar instrucciones humanas de combate: siéntese, quieto, alerta, ataque, brinque, rueda, muerda, presión testicular media..., suelte, etc. El “dueño” era un reconocido evangélico del pueblo.

Estos casos que he descrito son reales y los he presenciado personalmente. El primer caso, es muy reciente, y lo observé mientras dos de nuestros cinco perros me llevaban corriendo a su antojo... El segundo, sucedió hace más o menos 25 años. La intolerancia y agresividad de muchos “dueños” de estas criaturas, dificulta una intervención civilizada. El insulto, o algo peor, suele ser la respuesta que se tiene cuando se sugiere un mejor trato hacia estos seres vulnerables víctimas de compañía humana.

En la película de Stanley Kubrick, *Full Metal Jacket*, el Sargento Hartman intenta moldear a sus cadetes con severidad a través del insulto, la degradación, la imposición de poder. Lo mismo hacía la Maestra Agatha Trunchbull, en la película *Matilda*, de Danny DeVito. Intentaba moldear la vida de sus estudiantes a través del miedo y la violencia directa. Muchos de nosotros podemos ocupar el rol del Sargento Hartman y de la Maestra Agatha Trunchbull con nuestros perros.

Nosotros podríamos ser una personificación de Hartman y Trunchbull, cuando tratamos de moldear la vida de nuestros perros a través de experimentos conductuales caseros de adiestramiento agresivo. En nuestro afán desmedido, queremos moldear sus conductas para que sean socialmente lindos y crear en los perros los modales que nosotros mismos, posiblemente, no tenemos como humanos. Sometemos a nuestros perros a un sufrimiento y a una agresión constantes de acuerdo con nuestros intereses. Les imponemos conductas que no son parte de su naturaleza y de esta forma saturamos sus vidas de ansiedad y de estrés. Nuestra conducta hostil y agresiva provoca a nuestros perros tristeza y miedo, en lugar de felicidad.

Un excesivo número de órdenes y de instrucciones controladoras a un nivel obsesivo-compulsivo, reduce los sentimientos de independencia y autonomía en los perros. Cuando los perros son sometidos a estímulos estresantes, experimentan cambios importantes en el cerebro. Bajo estas

condiciones, los perros empiezan a experimentar agotamiento físico y mental, sufren trastorno de sueño, pérdida de capacidad para pensar y aprender, experimentan hipersensibilidad al dolor y la capacidad de respuesta para el placer disminuye (Bekoff & Pierce, 2019) (O’Heare, 2020).

Nuestro conductismo casero afecta negativamente la salud física y mental de los perros. En lugar de emular a Hartman o a Trunchbull, a través de este agresivo conductismo, podríamos simplemente sacar un tiempo para estimular la inteligencia de nuestros perros a través del juego.

3.2 Perros permanentemente amarrados

Sobre los efectos conductuales de mantener perros amarrados no hay estudios significativos. Podríamos realizar investigaciones científicas sobre el terrible daño que sufren los perros al estar sometidos a esta condición. No obstante, sería deseable que no se intente, ni como experimento ni como observación de campo. Esto es, que no existiera esta realidad. Pero sí podríamos investigar los factores culturales asociados a esta práctica. Podríamos investigar aspectos psicológicos, sociológicos, antropológicos y, desde luego, morales asociados a esta práctica cultural arraigada. Estudiar la causa del problema: el ser humano.

Mantener perros amarrados o encadenados es una práctica cultural hostil. Los perros que viven bajo estas condiciones dejan de ser animales de compañía para convertirse en animales víctimas de compañía. Esta práctica cultural se debe a la normalización del sufrimiento de los animales. Las personas no tienen la capacidad racional ni emocional de percibir el dolor que les provocan a los perros mantenerlos sujetos a una cadena de forma permanente. Lo que más preocupa de esta práctica cultural hostil es el tumor moral que estamos heredando a otras generaciones.

Los perros necesitan caminar, correr. Sin embargo, los privamos de libertad. De acuerdo con Bekoff & Pierce (2019), al ejercer privación no permitimos que los perros lleven a cabo algo natural, un comportamiento hacia el cual puedan estar altamente orientados y motivados. Tenemos que ampliar nuestra capacidad de intervención para incrementar la libertad en los perros, como permitirles que corran con libertad. Nuestra tarea consiste en proporcionar a nuestros perros el mayor grado de libertad y el menor número de experiencias de privaciones inducidas. Así mejoramos su calidad de vida.

Los perros que hemos incorporado a nuestras vidas tienen que ocupar el lugar que les corresponde: como familia, no como objetos. Estamos sometiendo a tortura permanente a los perros con esta conducta hostil y enfermiza. También estamos potenciando esta cultura hostil cuando conocemos sobre estos casos y permanecemos indiferentes ante la situación. Aprender a intervenir a favor de estos animales indefensos es parte de una ética del cuidado en acción.

Tenemos que promover un proyecto educativo para lograr un cambio cultural y sensibilizar a las personas del sufrimiento que les estamos induciendo a los perros cuando los mantenemos amarrados. Esto implica trabajar con comunidades rurales, donde más se potencia esta práctica, enseñando programas de alfabetización emocional.

3.3 Perros encerrados en sus casas sin libertad de movimiento

En *Nuestra Señora de París* (1831), Víctor Hugo describe el nacimiento e infancia de Quasimodo en estos términos: “Nuestra Señora había sido sucesivamente para él, a medida que crecía y se desarrollaba, el huevo, el nido, la patria, el universo”. Quasimodo era un pobre desgraciado que “se había acostumbrado a no ver nada del mundo más allá de los muros religiosos que le habían acogido bajo su sombra” (2014).

Algunos perros nacen, crecen, se desarrollan y mueren sin salir de sus casas, o algo parecido. Algunos sobreviven en auténticas prisiones: en un cuarto de pila, en un patio, en una cochera. Los que tienen menos suerte sobreviven en estas mismas condiciones, pero atados a un mecate o cadena. Otros, con mejor suerte, viven en cariñosos boatos, tirados en algún sofá o en la cama, pero igualmente, poco conocen del mundo que los rodea. Dentro de esta hermética fastuosidad, quizás algunos perros con suerte tienen una ventana donde mirar el horizonte. Pero la mayoría no.



Créditos: Maribel Jiménez Montero

Muchos perros viven encarcelados en sus propias casas, sin recibir ningún tipo de atención. Viven aislados como objetos.

Muchos perros en cautiverio domiciliario no conocen otra realidad más que el espacio que les otorgaron para vivir. Un perro bajo esas condiciones de cautiverio domiciliario no tiene calidad de vida. Hemos potenciado la creencia nefasta de que un perro solo ocupa comida, agua y un espacio para dormir. Esta creencia reduce a los animales de compañía a simples objetos no sintientes. El trato hostil que le damos a estos animales de compañía es muy humano, pero humanamente hostil.

Se podría aseverar que estos perros están en mejores condiciones que otros que sobreviven en las calles. Pero es argumento apresurado y sin fundamento, porque silencia la negligencia de las personas que deberían atender las necesidades de los perros que decidieron albergar en sus casas. Es una falacia porque sobrepone un mal mayor sobre el mal menor que experimenta un animal.

Una ética del cuidado animal nos obliga a reflexionar sobre la condición social de estas criaturas vulnerables. La vulnerabilidad de los perros debería ser un motivo ético para cambiar su situación social. Ellos dependen enteramente de nuestras acciones.

4. La importancia de reeducar nuestra práctica moral con ética

La moral hace referencia a un conjunto de valores que se aprenden en diferentes contextos socioculturales. La moral se aprende por costumbre, por tradición. Desde estos valores aprendidos, se interpreta lo correcto o incorrecto de una acción social. Los valores morales que aprendidos sirven como criterios racionales para determinar si una acción moral es aceptable o inaceptable, buena o mala. Este criterio racional se deriva de una razón culturalizada, socializada. La validez racional de un criterio moral se basa en la tradición. Cada sociedad tiene diferentes valores morales y los valores morales cambian a través de la historia.

La **ética**, por el contrario, es una reflexión filosófica sobre la moral y sobre la propia ética. Por eso se suele decir que la ética es una disciplina filosófica que estudia la moral humana. En este sentido, la ética es un planteamiento teórico. Al igual que la moral, la ética responde a un contexto histórico y social. Pero a diferencia de la moral, la ética plantea o construye teorías sobre las acciones humanas. Esto quiere decir que los planteamientos éticos requieren de una investigación rigurosa preliminar

sobre el asunto que se quiere tratar a través de una argumentación bien sustentada. Una variante de la ética como disciplina filosófica, es la reflexión ética. Es menos rigurosa metodológicamente hablando, pero tiene mucho valor por el tipo de reflexiones que aporta.

Así, moral y ética guardan algunas similitudes, pero difieren en la forma como se producen. Somos sujetos morales desde que empezamos a tener una interacción social consciente. Pero, aunque actuemos bien, no necesariamente nuestras acciones podrían ser éticamente aceptables. La ética analiza nuestra moral práctica. Por este motivo, el análisis ético sobre muchos asuntos sociales es importante. Tenemos una gran cantidad de asuntos sociales que podríamos resolver, o al menos mejorar, si tuviéramos la disposición de abordarlos con un sentido ético. Entre ellos, el problema social del maltrato y crueldad hacia los animales.

Diariamente son torturados, asesinados y descuartizados una considerable cantidad de animales para satisfacer nuestra absurda costumbre moral de comer cadáveres. Cuando hablamos de carne, bistec, chuleta, muslo, pechuga, lomo, filete, fajitas, etc., lo que hacemos es ocultar o negar la realidad de lo que verdaderamente sucede. Negamos la vida de un ser. Seres que fueron descuartizados para saciar nuestro delirio carnista. Cuando pedimos un kilo de carne en algún supermercado, en realidad pedimos un pedazo de un ser brutalmente asesinado. Nuestra costumbre moral nos impide reconocer que no tenemos ningún derecho sobre la vida de otros animales no humanos. Nuestra costumbre moral silencia el dolor, el sufrimiento y la crueldad que le provocamos a muchas otras especies. Nuestra costumbre moral nos hace ver que comer animales es bueno, correcto.

Nuestro brutal antropocentrismo intenta justificar racionalmente un supuesto privilegio y dominio sobre este planeta por encima de cualquier otra especie. Pero no tenemos más derecho de disponer de este planeta que el que tienen otras especies. Somos un insignificante terrón flotando en un universo infinito. Dentro de este pequeño e insignificante fragmento de tierra, nos creemos superiores a cualquier otra especie. Es nuestro planeta. Y nuestro no quiere decir de humanos. Somos tan perversos que también matamos a nuestra propia especie o aplicamos jerarquías de superioridad racial para someterlos a esclavitud permanente.

Cuando una familia potencia la cultura de la indiferencia hacia los animales de compañía, como mantenerlos en cautiverio domiciliario, mantenerlos amarrados, impedirles que caminen, que corran, no alimentarlos adecuadamente, no proporcionarles cuidados veterinarios básicos, no darles afecto, etc., los niños y niñas empiezan a heredar esta conducta moral. Heredan una moral de la indiferencia ante el sufrimiento animal.

La condición social de los animales no humanos es un asunto que debe importar a la ética. Esto quiere decir que tenemos que llevar la reflexión ética a la calle, a las comunidades, a las escuelas y colegios, donde aún podemos intervenir a través de la formación de competencias éticas sociales. La tarea consiste en desarrollar capacidades éticas en las personas sobre la condición social de los perros de compañía. La ética es una competencia que toda persona puede alcanzar.

Las prácticas culturales determinan, en gran medida, lo que es moralmente aceptable o no es aceptable en sociedad. Cuando se legitima una práctica cultural, se normaliza la moral. La práctica social y cultural normaliza las acciones morales y justifica lo que se puede considerar moralmente aceptable, moralmente bueno. Un perro encadenado, un perro aislado en alguna esquina de un patio bajo condiciones deplorables es un hecho moralmente aceptado. Y este hecho moral es lo que tenemos que revertir con educación ética.

¿Qué podemos hacer si tenemos interés en mejorar la vida de los animales de compañía? Podemos promover ideas a través de diferentes medios: redes sociales, artículos de opinión, talleres comunales, charlas en escuelas y colegios, videos formativos en YouTube, etc. Incluso, podemos divulgar ideas en las universidades, especialmente en aquellas donde la formación social no interesa, donde se forman estudiantes para ser parte de una sociedad comercial en la que el fin moral es producir dinero para satisfacer las necesidades básicas y artificiales de la propia existencia. Por otra parte, la universidad sería y comprometida, debe empezar a gestionar un cambio positivo en la cultura

académica y apoyar más las iniciativas que promueven los estudios sobre la condición social de los animales no humanos. La apertura de foros, coloquios, conversatorios, congresos, seminarios, etc. Cualquier recurso puede provocar un giro en la forma de pensar de muchas personas. Tenemos que dejar la moral de la indiferencia y pasar a una ética de la acción con la situación social de los animales no humanos.

Reeducar nuestras prácticas morales es posible. Si asumimos que nuestra inteligencia ética es superior, es el momento de someter a verificación empírica este discurso cultural. Si nuestras formas de razonamiento moral se derivan de la costumbre de una práctica cultural, entonces tenemos que someter a evaluación ética los alcances prácticos de este hábito moral. La reflexión ética puede orientar nuestras formas de razonamiento. Para eso ocupamos algunos principios básicos. Estos principios tienen que responder directamente a la situación problemática que enfrentamos y vincularse con la vida real. La ética cuántica podría ser un lindo proyecto metafísico. Pero, de momento, nos interesa actuar directamente sobre problemas reales de la vida cotidiana.

Podríamos ejecutar tres acciones básicas para empezar a gestionar un cambio positivo con los perros que tenemos en nuestros hogares. Estas acciones básicas permitirán mejorar su calidad de vida

Un giro cultural. Si nuestra moral tiene una fuerte influencia cultural, entonces tenemos que aprender a someter a evaluación ética estos hábitos morales. ¿Cómo? Aquí se explicaron, de forma muy simple, cuatro principios básicos sobre una posible ética del cuidado animal. Estas orientaciones conceptuales básicas, podrían facilitarnos el análisis y la evaluación de nuestras prácticas morales en relación con el trato que le damos a los perros que acogemos en nuestras casas. No obstante, abundan artículos y libros sobre ética animal que pueden consultarse. Por otra parte, cada uno de nosotros tiene la capacidad ética para elaborar principios para la acción. El único requisito es determinar si realmente se formula un principio ético o se continua con un hábito moral. Por este motivo, confrontar nuestros hábitos morales con planteamientos éticos, nos permite salir de nuestra zona de confort moral.

Fiscalizar la tenencia responsable. Tenemos que asumir el reto ético de fiscalizar nuestra propia tenencia responsable e irresponsable. Para ello, tenemos que estar en la capacidad de llamarnos la atención cuando nuestra actitud se vuelve negligente en relación con el cuidado de nuestro perro. Aprender a fiscalizar nuestra capacidad de cuidado nos vuelve un familiar responsable y comprometido. Asumimos una tenencia responsable cuando no descuidamos las necesidades fundamentales de nuestro perro, como caminar o correr, limpiar su espacio, mantener fresca el agua, asegurar sus tiempos de comida, jugar, proporcionarles afecto, asegurar su control veterinario, etc.

La vigilancia solidaria. Esto es complejo y no toda persona está dispuesta a hacerlo. Recordemos que en Costa Rica hemos promovido una extraña filosofía cultural de no meterse en problemas ajenos. *Cada quien, con sus problemas*, reza el portentoso apotegma cultural. Pero hay problemas comunitarios que si no se abordan se vuelven un cáncer social que tarde o temprano nos afectará directa o indirectamente. Pero claro, hay momentos donde perdemos interés por la comunidad, por la gente. Sin embargo, nunca deberíamos perder de vista el compromiso con las personas vulnerables. Hay personas que no logran gestionar positivamente sus propias vidas y requieren de empoderamiento racional. Hay otros seres vulnerables que no tienen ninguna capacidad para defenderse. Son dependientes de nuestro cuidado. Estos animales no humanos son objeto de nuestra intervención positiva. Tenemos que asumir el reto ético de vigilar de forma solidaria y comprometida la condición de los animales para garantizarles una existencia libre de crueldad por parte de personas socialmente enfermas.

Despertar competencias éticas. Podríamos imaginar que nuestra habilidad ética está dormida. Pero como toda habilidad, la práctica nos ayuda a potenciar esta competencia. O bien, como han propuesto otros autores, enfocarse en las capacidades de lo que pueda hacer y ser una persona, donde el Estado y las políticas públicas deben asumir la tarea de mejorar la calidad de vida de las personas, de promover las capacidades omitidas, marginadas, discriminadas (Nussbaum, 2020).

Pero no siempre el Estado es eficiente. Rara vez contamos con una política de turno eficaz, comprometida con los problemas sociales marginales, porque no importan, porque no tienen público. Muchas políticas públicas adoptan cierto utilitarismo mediático: la mayor simpatía para el mayor número de personas. Ante esa ineficacia, tenemos que asumir una tarea personal y colectiva: promover y despertar capacidades éticas silenciadas en las personas a favor de una ética animal.

Si la ética es una habilidad, una capacidad, tenemos que enfocarnos en diseñar modelos de intervención comunitaria que permitan despertar capacidades éticas en las personas. Despertar la capacidad ética de asumir un cuidado responsable con nuestros animales de compañía. Aprender a evaluar nuestros hábitos morales negativos y cómo influyen directamente en la calidad de vida de los animales. Aprender a teorizar únicamente para actuar. Es decir, diseñar rutas de acción ética a favor de estos seres vulnerables para otorgarles la justicia social que merecen.

Conclusiones

¿Cómo cambiar la moral de la indiferencia hacia a los animales? La academia es solo un peldaño. La acción ética comunitaria es el paso a seguir. La divulgación de ideas, a través de artículos o de libros, tiene importancia en la medida en que sirve para ampliar nuestros criterios racionales. La palabra escrita amplía nuestra capacidad cognitiva. Las ideas se discuten, se analizan, se mejoran, se aplican directamente. Pero tenemos que actuar también. Si no estamos dispuestos a intervenir directamente con la situación de los animales no humanos, la palabra escrita se convierte en un discurso vacío de contenido, en un panfletismo filosófico. Sería antiético si escribimos o hablamos de ética animal solo para ganar prestigio o puntos académicos en orden a subir de categoría profesional. Sería antiético que hablemos de ética animal en cursos o seminarios solo para tener estabilidad laboral. Si realmente nos consideramos personas con sentido ético, deberíamos aprender a callarnos. La situación social de los animales no humanos no puede convertirse en materia prima para aspirar a una cátedra universitaria. Esto es irrespetar la dignidad de los animales no humanos y una forma proterva y grotesca de hacerse con un salario.

Todos podemos asumir una ética del cuidado animal. Todos podemos potenciar capacidades éticas y convertirnos en gestores del cambio social. Podríamos empezar por gestionar un cambio positivo en nuestros núcleos familiares, en nuestros grupos de confianza. Podríamos organizar charlas o talleres comunales. Pero primero tenemos que reeducarnos con ética. Cambiar nuestros enfoques morales cotidianos, abandonar la indiferencia moral y cultivar una ética del compromiso y de la acción.

Es importante la unión. Las personas que compartimos estos ideales éticos tenemos que comunicarnos, organizarnos, formar alianzas de cooperación. Tenemos que ser socios éticos colaborativos. Es una ilusión creer que podríamos liberar de la esclavitud humana a todos los animales. Pero no es una ilusión mejorar la condición social de muchos animales. Cada vez que liberamos a un animal de las fauces siniestras de la especie superior, hemos cambiado la realidad de un ser vulnerable.

La **ética es un desafío racional y emocional que** nos reta a asumir una nueva forma de pensar basada en principios y a modificar nuestros viejos hábitos morales no reflexivos sobre la condición social de los animales. Más allá de toda sistematización, la ética es una narración acerca de la posibilidad de vivir y convivir en un mejor planeta.

Referencias

1. Bekoff, M. & Pierce, J. (2019). *Perros sueltos y libres*. Dogalia
2. Casasola-Rivera, W. (22 de noviembre, 2019). Ética para el bienestar animal: un programa de alfabetización emocional. HOY EN EL TEC. <https://www.tec.ac.cr/hoyeneltec/2019/11/22/etica-bienestar-animal-programa-alfabetizacion-emocional>

3. Casasola-Rivera, W. (9 de febrero, 2021). Perros encadenados: el maltrato animal culturalmente aceptado. HOY EN EL TEC. <https://www.tec.ac.cr/hoyeneltec/2021/02/09/perros-encadenados-maltrato-animal-culturalmente-aceptado>
4. Casasola-Rivera, W. (17 de junio, 2022). La violencia hacia los animales no humanos: radiografía de una sociedad enferma y moralmente inferior. HOY EN EL TEC. <https://www.tec.ac.cr/hoyeneltec/2022/06/17/violencia-animales-no-humanos-radiografia-sociedad-enferma-moralmente-inferior>
5. Casasola-Rivera, W. (15 de septiembre, 2022). Una ontología del cadáver: breve crítica a la moral especista. HOY EN EL TEC <https://www.tec.ac.cr/hoyeneltec/2022/09/15/ontologia-cadaver-breve-critica-moral-especista>
6. Gilligan, C. (2011). *Joining the Resistance*. Polity Press
7. Hugo, V. (2014). *Nuestra Señora de París*. Alianza Editorial
8. Nussbaum, M. (2020). *Crear capacidades*. Paidós
9. O’Heare, J. (2020). *Neuropsicología canina*. Kns Ediciones
10. Picard, M. (2020). *Filosofía*. Librero

Sobre el autor

Wilmer Casasola Rivera

Wilmer Casasola Rivera es docente e investigador de la Escuela de Ciencias Sociales, Instituto Tecnológico de Costa Rica, Campus Tecnológico Central Cartago. Se interesa por temas de bioética animal y generar opinión universitaria. Es cofundador de la iniciativa Brigada-A: Liberación Animal.